

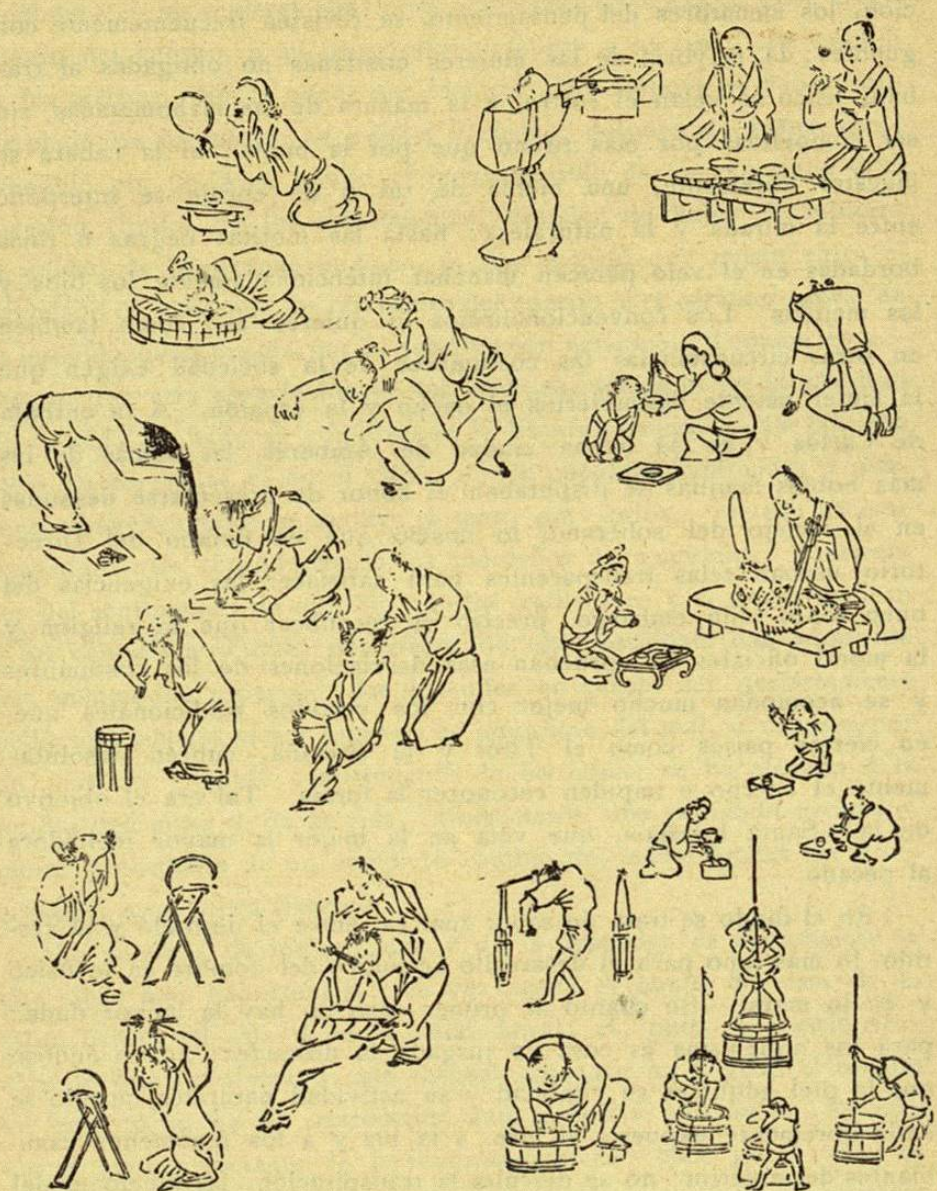
hombres y á las mujeres sus trajes, contrarios á la vez al libre crecimiento del cuerpo, á su desarrollo higiénico y al fructífero estudio de los artistas. No se puede ser escultor sino después de haber contemplado las formas en su infinita variedad, después de haber comprendido por un largo hábito el juego flexible de los músculos y la sucesión rítmica de los movimientos, después de haber descubierto la unidad de la persona humana, el lazo secreto que existe entre el modelado de cada una de las partes del cuerpo y el carácter moral de la individualidad creada por la imaginación artística. Todavía es necesario que esta apreciación de los cuerpos, viviendo en la plenitud de su vida, se haga en condiciones de libertad completa, no por una serie de sorpresas ni en el taller, donde personas habituadas á posturas convencionales se venden á tanto por sesión. ¿Puede hacerse verdadero arte reproduciendo los contornos de «modelos» conscientes del sentimiento de oprobio que las tradiciones y el medio dedican á su ocupación y que, por efecto de esa hostilidad, han adquirido una mentalidad especial? La desnudez no puede ser perfectamente bella sino cuando el ser humano es ignorante del mal, ó cuando, por un perfecto y noble conocimiento de las cosas, se ha elevado á la pureza del alma y de la vida. Unicamente una profunda evolución moral, procedente de un completo cambio del medio, podrá dar á los hombres esta nueva libertad.

La cuestión de los vestidos y de la desnudez es ciertamente la que tiene más importancia á la vez desde el punto de vista de la salud física, del arte y de la salud moral: es, pues, necesario precisar lo que se piensa á este respecto, porque ha llegado el tiempo en que no se ha de retroceder ante ninguna discusión. Es esta una conquista reciente de la libertad humana: hace pocos años se hubiera rechazado de antemano como atentatoria á la moral toda proposición encaminada á que pudiera ser negada la necesidad del vestido. Bajo la influencia de esta idea de origen inmemorial, consagrada por la religión, indiscutible para la moral, se había llegado á creer en la sociedad actual, llamada civilizada, que la «decencia» se halla en los diferentes pueblos en proporción directa con los vestidos. La dama elegante afecta no ver siquiera al que va descalzo; las manos, que son por excelencia los órganos de la ac-

ción, los ejecutores del pensamiento, se revisten frecuentemente con guantes; la mayoría de las mujeres cristianas no obligadas al trabajo físico se velan el rostro, á la manera de las mahometanas, sin ser compelidas por más tirano que por la moda; ni la cabeza se muestra libremente, una niebla de tul ó de encaje se interpone entre la mirada y la naturaleza; hasta las motitas negras ó rojas bordadas en el velo parecen manchar intencionadamente los ojos y las mejillas. Los convencionalismos lo quieren así, como también en otras circunstancias las costumbres de la sociedad exigen que la mujer ostente descubiertos el pecho y la espalda. Á la entrada de Carlos V en su buena ciudad de Amberes, las damas de las más nobles familias se disputaban el honor de presentarse desnudas en el cortejo del soberano, lo mismo que en tiempo del Directorio usaban telas transparentes para satisfacer las exigencias del buen tono. Sin embargo, preciso es reconocer que la religión y la moral oficiales no aprueban esas desviaciones de las costumbres y se acomodan mucho mejor con los vestidos tradicionales que, en ciertos países como el Tirol y la Bretaña, cubren absolutamente el cuerpo é impiden reconocer la forma. Tal era el objetivo de la «Santa Iglesia», que veía en la mujer la mayor incitadora al pecado.

En el fondo se trata de saber cuál es, entre el desnudo y el vestido, lo más sano para el desarrollo armónico del hombre en lo físico y en lo moral. En cuanto al primer caso no hay la menor duda: para los higienistas es cosa ya juzgada la desnudez; no es dudoso que la piel adquiere su vitalidad y su actividad naturales cuando se halla libremente expuesta al aire, á la luz y á los fenómenos cambiantes del exterior; no se dificulta la transpiración; las funciones del órgano se realizan todas; flexible y firme á la vez, no palidece ya como una planta aislada privada de luz. Los experimentos hechos sobre los animales han probado también que cuando se substraen la piel á la acción de la luz, disminuyen los glóbulos rojos lo mismo que la proporción de hemoglobina; es decir, la vida se hace menos activa y menos intensa¹. He ahí una demostración de que los pro-

¹ Kronecker y Martí, *Archives italiennes de biologie*, t. XXVII, p. 333.



Cl. S. Bing.

CROQUIS DE LA VIDA DIARIA, POR KEISAI KITAO MASSAYOSHI
Segunda mitad del siglo XVIII.

gresos de la civilización no son necesariamente progresos y que conviene someterlos á la comprobación de la ciencia.

Tomemos ejemplos entre diferentes pueblos: todos los viajeros convienen en que los Polinesios eran los hombres más bellos antes de que los misioneros, celosos repartidores de vestidos de lana y

algodón, hubieran pesado sobre los países oceánicos; sábese también que en parte alguna tuvieron los artistas más noble comprensión de la belleza que en la maravillosa Hélade, donde los jóvenes y los fuertes luchaban, corrían, jugaban al aire libre, desnudos, ante el pueblo reunido. Tampoco se ignora que los higienistas actuales, deseosos de restablecer la belleza y la salud humanas puestas en peligro por la falta de método en el alimento y el vestido, desnudan á sus pacientes para acostumbrarles al aire y á la luz. En toda la Europa occidental y hasta en la septentrional Escocia, se han abierto establecimientos donde inválidos ricos exponen su piel desnuda á la acción vivificante del viento y del sol.

Verdad es que las comarcas frías, como la Escandinavia, y hasta los países templados, como casi todas las regiones populosas de Europa, tienen un clima de invierno muy áspero comparado con los de que disfrutaban los Oceánicos, pero los abrigo y los paños, que no son vestidos, permiten también garantizarse contra el frío. Hasta una época reciente, los Japoneses, á quienes las costumbres del *cant* inglés no habían contaminado todavía, no se sentían obligados por los convencionalismos á ocultar su desnudez y se bañaban en común: á la vista del libre juego de los músculos y de los miembros los artistas del Nipón debieron seguramente la soltura en el uso del pincel. Los pintores y los estatuarios salvaron la civilización de nuestra vieja Europa conservando el culto de la forma humana, á pesar de las maldiciones de la Iglesia contra la carne; en noble lucha conquistaron el derecho de representar al hombre sin los velos obligados por la ley.

El equilibrio de la salud y el funcionamiento normal del cuerpo no pueden restablecerse completamente; las enfermedades procedentes de alternativas del frío y del calor continuarán amenazando al individuo civilizado hasta que la estatua humana no se libere de sus vestiduras, hasta que «el hombre no se vuelva todo cara», como decía un indígena de la costa de Chile¹. Pero la restitución de la belleza desnuda es sobre todo necesaria desde el punto de vista de la salud moral, porque el artificio del traje y del adorno, por la

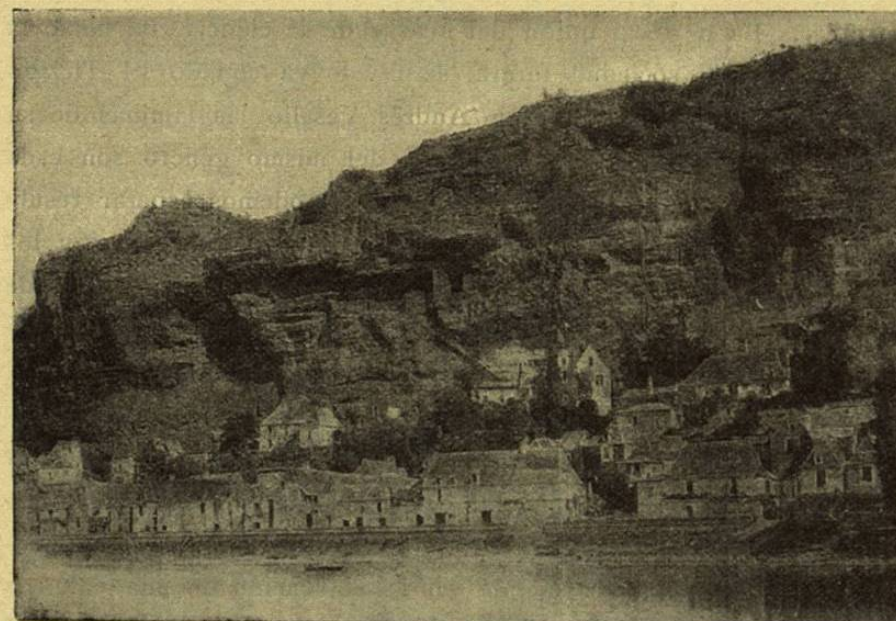
¹ Alonso de Ovalle, *Account of the Kingdom of Chile*, citado por Ed. Carpenter, *Civilization, its causes and cure*.

tonta vanidad, el servil espíritu de imitación y sobre todo por los infinitos recursos del vicio, es de lo que más arrastra á la corrupción general de la sociedad. En las Escuelas de Bellas Artes, los jóvenes, á veces depravados, dibujan atentamente á la vista del modelo femenino con perfecto respeto de la forma humana, y no se entregan á los pensamientos libertinos hasta después, al contacto de las mujeres vestidas con sus adornos y perifollos: la moda ha dado á los vestidos el corte hecho especialmente para excitar la concupiscencia. La belleza desnuda ennoblece y purifica; el vestido insidioso y falaz, degrada y pervierte.

Pero la moda reina todavía, lo mismo que continúan reinando el Señor Capital y las antiguas supervivencias de la Iglesia y del Estado. No hay que esperar que la moda, que representa los intereses de innumerables proveedores y abastecedores y que responde á un conjunto infinito de pequeñas pasiones personales, abdique de grado ni á la fuerza ante un nuevo régimen de arte y de buen sentido, y es tanto menos de esperar, cuanto la moda es la herencia de todo el pasado; cambia de siglo en siglo, de estación en estación, pero mucho menos, sin embargo, de lo que ordinariamente se imagina; salta bruscamente de un extremo á otro, pero tomando formas anteriormente conocidas. Ninguna de las antiguas maneras de adornarse y de embellecerse ha desaparecido completamente, ni aun en nuestras sociedades elegantes. Muchos hombres se tatúan todavía, y, entre los actuales almirantes, puede verse alguno cuyos guantes de ceremonia ocultan un áncora marcada con tinta azul en la raíz del pulgar. La mujer europea no se atraviesa la nariz con un arete como la hindu, pero le cuelga á sus orejas; conserva el collar de la salvaje y lleva el brazalete de la cautiva, resto de la cadena que la sujetaba al poste de la tienda. El soldado, que en la sociedad actual representa al primitivo, el hombre de vanidad guerrera y de combate, se adorna con charreteras, franjas y galones de colores chillones, con placas, con cruces de esmalte ó de metales brillantes, con plumas multicolores, aun á riesgo de atraer en la batalla las miradas y las balas del enemigo¹. Pero si entre las clases

¹ Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 110.

ricas, que quieren á toda costa distinguirse del común de los hombres, el amor al lujo conserva la separación de las clases y hasta trata de aumentarla todavía á fuerza de gastos, las multitudes democráticas tienden á parecerse cada vez más por el traje, lo que ya es un progreso. En muchos países no se distingue ya el pobre del rico, porque el hombre de gusto, aunque sea opulento, se viste con sencillez, y la limpieza es la regla para todos, hasta para los



LA ROCHE-GAJEAC, Á ORILLAS DEL DORDOÑA

Cl. Henry Guillet.

poco afortunados. Además, el vestido de las mujeres laboriosas se aproxima al de los hombres: las que quieren conquistar la libertad plena de sus movimientos encuentran el medio de desembarazarse de las pesadas ropas, de los corsés estrechos, de los sombreros floridos. Positivamente se ha realizado cierto progreso en el sentido de la libertad del traje y á pesar de todo se ha adelantado algo hacia la higiene. Pero la gran revolución estética y moral que dará al civilizado moderno el derecho que tenía el Griego antiguo de pasearse desnudo á la luz del sol, esa gran revolución es todavía, entre todas las ambiciones del hombre moderno, la que parece más difícil de realizar.

El reformador aislado, aunque sea un «super-hombre» como

Nietzche, no basta para la obra que emprende. Si está solo, es tenido por loco, si no lo llega á ser realmente, y sus contemporáneos pueden rechazarle con facilidad por la prisión, el destierro, la burla y el aislamiento, pero no deja de ser un precursor, y otros le seguirán, quienes por la asociación harán triunfar la voluntad. El artista no estará ya solo en sus reivindicaciones: se unirá al higienista, al sabio, y de todos lados á la vez se dará el asalto contra las prácticas impuestas y las preocupaciones que han de ser destruídas. La perfecta unión del arte y de la ciencia, tal como la deseamos para la sociedad futura, se reveló ya cuando El Ticiano y sus discípulos dibujaron para Andrés Vesalio las láminas de su *Tratado de Anatomía*. Los ejemplos del mismo género son cada vez más numerosos en nuestros tiempos, y podemos esperar resultados más sorprendentes todavía cuando los sabios, los artistas y los profesionales instruídos empeñados en múltiples empresas, cesen de ser, como lo son casi todos en nuestros días, los servidores asalariados de los príncipes y de los capitalistas, y, recobrando su libertad, podrán volverse hacia la multitud de los humildes y de los trabajadores para ayudarles á edificar la ciudad futura, es decir, á constituir una ciudad exenta de fealdad, de enfermedad y de miseria.

Se nos habla del trabajo «atractivo». ¡Qué alegría infinita sentirán todas las abejas trabajando en la edificación de una colmena donde no habrá parásitos que roben la miel! ¡Qué felicidad fraternal la de coordinar los esfuerzos propios con los de todos, para la creación de un bello organismo, donde cada uno tenga su parte de trabajo personal y dedique su existencia á la realización de una obra perfecta, detalle armónico de un conjunto que conviene á todos! El objetivo social habrá cambiado completamente. En la actualidad un grupo de privilegiados, en posesión de capitales, títulos, plazas y sinecurias, procura por todos los medios conservar este régimen de desigualdad, y los artistas, como los obreros y como los soldados, no pueden entrar en la vida del trabajo sino aceptando las condiciones impuestas por la sociedad dominadora. Sin duda sería para ellos una felicidad buscar sinceramente su vía, ayudarse mutua y equitativamente en los trabajos que requiere la asociación, vivir en común sin ningún temor á la miseria que acecha en nuestros días á la gran mayoría de los

hombres; pero desde la primera lección aprenden que son rivales y combatientes; se les explica de todas maneras que los premios que han de obtenerse son escasos y que es preciso arrancárselos á los camaradas, no sólo por la superioridad del talento, sino, si la cosa es haccedera, por la astucia, por la fuerza, por las cábalas y las intrigas, por las maquinaciones más bajas ó por las oraciones á San Antonio de Padua. Se les amaestra para convertirse en privilegiados, y ante sus ojos se presenta, como en una gran avenida, toda la carrera de los honores marcada de distancia en distancia por cruces, medallas, títulos, pensiones, mandos del Estado, y, para la conquista de cada uno de esos símbolos, se preparan á librar batalla, á herir mortalmente á algún «querido camarada», á marcar con su cuchillo la línea ya infranqueable para sus rivales. Todos se acostumbran de día en día á odiarse recíprocamente en los hermosos años de la juventud, hechos para la grandeza de alma y para el heroísmo, y, necesariamente, el arte verdadero, generoso y desinteresado, surge con dificultad de ese medio de bajas envidias: las flores quedan ahogadas bajo las hortigas. Los artistas más sinceros suelen ser los que, heridos en su sentimiento de lo bello y en su delicadeza íntima, se separan de la sociedad y viven como en una fortaleza apartados del vulgo: «acampan en país enemigo»¹.

La Naturaleza es para muchos una gran consoladora; mas lo mismo que las ciudades populosas, los campos, y hasta los lugares más apartados, pueden ser afeados por el mal gusto y sobre todo por las brutalidades de la toma de posesión. Porque el hombre da su alma á la Naturaleza, y, conforme á su propio ideal, embellece y diviniza la tierra, ó la vulgariza, la hace fea, grosera y repugnante. El hombre de mañana, elevado á la comprensión de la belleza, sabrá, por respeto y por amor á la Naturaleza, no colocar su morada de modo que se rompan las líneas, que se borren brutalmente el color y los matices: sentirá vergüenza en disminuir y alegría por aumentar la belleza de cuanto le rodee, en lo que, por lo demás, no hará sino imitar al animal, su antecesor. «La ardilla y el ave practican sus nidos en los árboles y los hacen muy interesantes á la vista»².

¹ William Morris, *Lecture to the Society of Art at Birmingham*.

² Edward Carpenter, *La Société Nouvelle*, Febrero 1896.

Asimismo, un grupo encantador, amoroso, una familia con sus hijuelos bajo las ramas ¿no aumentan hasta lo infinito la belleza natural, no alegran la soledad con su cabaña situada al lado de las aguas corrientes, con su jardincito lleno de flores? También grandes edificios pueden ayudar á la belleza del espacio circundante, cuando los arquitectos comprenden el carácter del sitio y la obra



Cl. M. Spokorni.

LA ÓPERA EN VARSOVIA

del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en armonioso conjunto. Así es como un templo griego continúa, desarrolla y florece, por decirlo así, los contornos de la roca que le sostiene; de ella forma parte integrante, pero dándola un sentido más elevado; la transforma, la glorifica, la hace digna de la divinidad creada por el hombre y que desde la altura domina sobre los campos y los mares. Sin embargo, hay cimas que profanaría toda arista de monumento, todo saliente de construcciones humanas, y se siente una impresión de verdadera repugnancia cuando arquitectos insolentes, pagados por hosteleros sin pudor, edifican enormes guaridas, bloques rectangulares donde se hallan inscritos los

rectángulos de mil ventanas y en que sobresalen cien humeantes chimeneas frente á glaciares, montañas nevadas, cascadas ó frente al Océano!

El arte se deja, pues, dominar por hartos mala escuela; toda una turba de artífices diestros rodea á los que hacen encargos, barones de banca, municipios, prefecturas y sobre todo el ministerio de



Cl. J. Kuhn, París.

MARAT, POR JUAN BAFFIER

Bellas Artes, el Estado «Gran protector de las Artes»; al menor signo todos ponen manos á la obra: hoteles, palacios y templos, cuadros y acuarelas, estatuas y bajos relieves, dibujos y aguas fuertes, esmaltes, camafeos y joyas, óperas, operetas y poemas, todo lo que los amos quieran.

Por decenas de miles, cartones y telas, yesos, mármoles y bronce se alinean anualmente en las exposiciones de arte, en los «Salones» que tan bien muestran la incoherencia de las obras en gestación; cada una contrasta con su vecina por una impresión diferente, y